

# Suboficiales

**ENRIQUE CABALLERO CALDERÓN**  
*Subteniente de Aviación*  
[e.caballero@terra.es](mailto:e.caballero@terra.es)

## ♦ GENEROSIDAD

**El veterano T-17** (Boeing 707) del 47 Grupo del Ejército del Aire, inicia la aproximación al Aeropuerto Internacional de Dusanbé (Tayikistán), ubicado en un valle a 785 m. de altura y rodeado de plantaciones de algodón; es una instalación aeroportuaria que tiene un uso civil y militar. El tramo del largo viaje, emprendido hace varias horas en la Base Aérea de Torrejón está a punto de concluir. Allá lejos han quedado la familia, los amigos, los seres queridos, en resumen la Patria.

Los cansados pasajeros se acercan con interés a las ventanillas para ojear con curiosidad el novedoso paisaje. Es entonces cuando el suave planear del aparato, acompañado de un ligero vaivén nos indica el final del vuelo, lo que se confirma con el brusco rozar de los neumáticos contra el pavimento de la pista; ya hemos tomado tierra, hemos llegado al Asia Central. La apertura de la puerta inunda el avión de nuevos olores que nos invitan a salir. Durante el descenso por la escalera una mirada nerviosa otea todo lo que nos rodea, descubriendo las típicas instalaciones militares expedicionarias y unos uniformados que lucen en sus ropajes la bandera francesa, son los miembros de su Fuerza Aérea, la Armée de l'Air que nos han venido recibir.

Tras las instrucciones rutinarias se nos acomoda en una "singular" tienda de lona, que está equipada con unos ase-

dos camastros del mismo material; es el lugar y el lecho en el que descansaremos durante nuestra corta estancia mientras esperamos la llegada del avión que nos trasladará a tierras afganas. Después de unas horas de descanso, una vez afrontado el día, la noticia de la inminente llegada de los aviones de transporte españoles nos alegra, porque aunque nos dirigimos a una zona donde nuestra vida corre peligro, la consideramos como nuestro "hogar" de destino.

El ronco y firme rugir del T-10 (Lockheed C-130) español, del Ala 31, confirma la marcha hacia nuestros destinos, la cual iniciamos con las ganas de que termine pronto y con el deseo de que culmine bien. El equipamiento especial de la tripulación y sus consejos sobre seguridad nos hacen ver con claridad que este vuelo no es uno de los numerosos que hemos realizado en otras ocasiones, sino uno que realizaremos sobre las dañadas tierras del país vecino.

Durante el vuelo el rítmico zumbido de los propulsores acompañan nuestro tiempo y maltratan a nuestros oídos, gracias a una sonata que nos envuelve y nos "arrulla" haciendo casi imposible la relajación y el descanso. Los cambios de presión que taponan nuestros oídos nos avisan del descenso, el corte gradual de potencia y el desagradable ruido producido en la bajada de las superficies hipersustentadoras (flaps) nos alertan sobre la conclusión de la singladura aérea, pero sólo de la primera

etapa, pues la tripulación nos comunica que vamos a tomar en Quala I Naw. Después de varias aproximaciones de tanteo, el Dumbo se agarra al suelo con fuerza, mientras los vetustos propulsores invierten la tracción para ayudar a detener sus casi treinta toneladas de peso.

Una vez estacionado el aparato, el chillar de la bomba hidráulica del avión con sus agresivos cambios de tono, se abre paso entre el rugir de los motores y nos hace mirar hacia la parte trasera del fuselaje, para observar como la intensa luz, el calor, el humo de los motores y la suave arena dominante nos invade; una vez abierto el portón de cola, los compañeros que les toca desembarcar se ponen en pie e inician su decidido caminar hacia la salida, maniobra que es protegida por los encargados de la seguridad del estratégico aeródromo.

Ya finalizado el parcial desembarque, los motores aumentan su ritmo y acompañados por una peculiar sinfonía de ruidos, perfectamente coordinados, rodamos camino de la cabecera de pista, para iniciar la que será, con toda probabilidad, la última etapa del viaje.

El despegue es seguido por una ascensión apresurada y muy empinada, cuanto antes cojamos altura antes estaremos en una zona de baja amenaza y podremos dirigirnos a nuestro destino, la Base Aérea con mando español, que desde hace cinco años está ubicada en los terrenos aldeaños al Aeropuerto Internacional de Herat (Afganistán), lugar al que llegaríamos antes de lo esperado, esta vez por encontrarse seguro, el rechoncho aparato da descanso a sus motores haciendo un poco más agradable el descenso del mismo, al carecer en parte ya de su acompasado y cálido ruido. Por fin hemos llegado.

Saludos del coronel jefe de la base, explicaciones sobre la vida y funcionamiento de la misma, conferencia sobre las medidas de seguridad a adoptar, bienvenida de los compañeros, entrega del armamento para tu defensa personal y distribución de los alojamientos. Ya estoy en mi vivienda prefabricada que me cobijará durante los largos meses que he de permanecer aquí.

Ya han pasado unas semanas y mi vida transcurre entre mi trabajo como mecánico de helicópteros y mis obligaciones cotidianas. El trabajo sobre las máquinas (helicópteros) es el mismo que realizamos en la Base Aérea de Cuatro Vientos: reparaciones de las numerosas averías, revisiones, mantenimiento en general, pero eso sí, sin poderte desconectar, porque pasas las 24 horas del día dentro de tu trabajo, viendo a la misma gente, vestido de la misma manera y pensando en el día que puedas estar con los tuyos.

La alarma rompe la rutina. Tenemos que desplazarnos a la mayor brevedad posible a la zona de vuelos y preparar los helicópteros para que realicen su importante misión, hay una evacuación urgente, ¿qué habrá pasado?, ¿serán españoles?, ¿habrá muchos heridos? o ¿habrá muerto alguien?

Todo está listo y una vez efectuados los comprobaciones reglamentarios, el sonido de las unidades de potencia auxiliar (APU's) que alimentan a los aparatos con energía eléctrica, se adueñan del momento en el que las tripulaciones ocupan sus puestos, en el que la tensión domina el ambiente y en el que los deseos de suerte se repiten. Ya han despegado y sus inconfundibles figuras se alejan con rapidez, para llegar a tiempo de cumplir con su principal misión: salvar las vidas de los demás mediante la generosa exposición de las suyas.

Transcurridas unas horas, el ruido producido por el batir de las palas del rotor principal nos alerta sobre su llegada, ya están aquí y traen un herido, es una niña que ha sufrido un accidente y se ha dado un fuerte golpe en la cabeza, viene grave; el equipo médico lucha sin descanso para mantenerla viva.

“¡Corre, conecta el APU para que no falte la corriente eléctrica a los equipos de reanimación, que tengo que apagar los motores!”, grita con desespero el comandante de la aeronave, pero el denodado esfuerzo de aquellos que tienen como misión en su vida la salvación de la de los demás, no consiguen cumplir su objetivo y aquella joven vida se extingue a la par que las cansadas palas dejan de girar. No se puede hacer nada, la hemos perdido, el personal de la sanidad militar del Ejército del Aire, conocidos por los lugareños como “los de Villa Milagros”, apodo del Hospital español, no han podido hacer nada, por lo que todos se entristecen y algunos derraman unas contenidas lágrimas. Pero la vida tiene que seguir y nuestra importante misión tiene que continuar, hay que sobreponernos a lo sucedido.

No pasa mucho tiempo, cuando la alarma suena de nuevo, otra vez las prisas, las carreras, uno tiene que abandonar la peluquería con el corte de pelo a medias, pero da igual lo importante es la rapidez, porque en ella puede ir la vida de un compañero.

Despegan los helicópteros y cuando están a punto de regresar nos llega la noticia de que ha habido un importante tiroteo con la insurgencia. Efectivamente, la presencia en la plataforma de estacionamiento de los helicópteros de una patrulla de policía de la base, confirma que uno de los heridos evacuados es un miembro de la organización terrorista que pretende

aniquilar a aquellos que no piensan como ellos.

Una vez estacionado el aparato se aprecia tumbado en la camilla a un hombre gravemente herido por varios impactos de bala, que viene atendido por los mismos que intentaron salvar a la niña y que como siempre ponen en ello su mayor empeño, sus grandes conocimientos y su buen hacer. No importa que aquel hombre tenga como único objetivo en su vida la eliminación

afecta de lleno, ha habido una revuelta y un tiroteo en el peligroso Quala I Naw en el que hay bajas españolas; otra vez las caras de preocupación de las tripulaciones y de los mecánicos que los despedimos, aunque no hay tiempo para pensar, en menos que canta un gallo ya están en el aire los Super Pumas, que raudos y veloces se dirigen en dirección norte para cumplir con su misión.

Cuando se llega al lugar, la visión desde el aire es preocu-

biera supuesto la masacre que buscaban los cabecillas de la revuelta.

La agresiva acción no intimida a estos valerosos miembros de nuestro Ejército y realizan la toma para recoger su luctuoso cargamento, esta vez tres odiadas bolsas negras ocupadas por compañeros, por dos Guardias Civiles y por un intérprete civil que han sido asesinados; la llegada a la Base de Herat de los cuerpos nos sumió a todos en la tristeza.



de sus congéneres, inclusive de los que están luchando por salvarle. Una vez estabilizado es trasladado a Villa Milagros para intentar su total recuperación.

Continúan las revisiones, las reparaciones de las averías, trabajo y más trabajo, muy necesario para mantener operativos a los Ángeles de la Guarda de la misión internacional, de la policía afgana y de la población civil.

No tarda en saltar otra vez la alarma, esta vez la misión nos

pante, las turbas jaleadas y dirigidas por los alborotadores hostigan el acuartelamiento español, efectuando sobre éste numerosos disparos que impactan sobre la tapia perimetral y que cuando detectan la presencia de los helicópteros los dirigen en gran número hacia ellos, pero esto no hace caer en la provocación a los tripulantes que aguantan al máximo para no verse obligados a tener que hacer uso de su armamento defensivo, algo que hu-

Un oficial norteamericano perteneciente a la USAF (Fuerza Aérea de los Estados Unidos), que conocí el pasado mes de agosto, en “Time Square” (Nueva York) durante una fiesta para la captación de nuevos miembros, me dijo unas palabras cuando se enteró que pertenecía al Ejército del Aire, que me hicieron pensar, que me llenaron de orgullo y que no dejo de agradecer: “GRACIAS POR SERVIR A TU PAÍS”.